

YVES CONGAR

LA REFORMA EN LA IGLESIA

Criterios históricos y teológicos

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Traducción de Luis Rubio Morán sobre el capítulo 2 del original francés *Vraie et fausse réforme dans l'Église*, segunda edición, revisada y aumentada (1968), a la vista de la traducción de Carmen Castro de Zubiri (1953), realizada a su vez sobre la primera edición francesa (1950)

- © Les Éditions du Cerf, 2019
- © Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2019
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2049-9
Depósito legal: S. 365-2019
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Emilio J. Justo	9
EL PROBLEMA	17
PRIMERA CONDICIÓN	
Primacía de la caridad y del sentido pastoral	33
SEGUNDA CONDICIÓN	
Permanecer en la comunión del todo	49
TERCERA CONDICIÓN	
La paciencia. El respeto a las dilaciones	89
CUARTA CONDICIÓN	
Una renovación verdadera mediante el retorno al principio de la tradición	117
A MODO DE CONCLUSIÓN	133
<i>Índice de autores</i>	137

PRESENTACIÓN

EMILIO J. JUSTO

La sensación de que la Iglesia debe renovarse es una constante en toda su historia. El desarrollo, la evolución, el diálogo cultural, la adaptación a nuevas circunstancias, el discernimiento y la institucionalización de realidades que surgen, la resolución de problemas, la búsqueda de fidelidad a su identidad evangélica y a su misión evangelizadora pertenecen a su propia vida y le van dando una figura concreta en cada momento histórico. Aludiendo al hecho de que la Iglesia está formada por hombres pecadores, en el concilio Vaticano II se reconoce que, siendo «a la vez santa y teniendo siempre que purificarse, persigue continuamente la conversión y la renovación» (*Lumen gentium* 8). En su vida concreta no está identificada plenamente con su ideal evangélico ni se halla en total sintonía con el mundo en el que vive. Por eso, a su vida pertenece la búsqueda de fidelidad y la necesidad de renovación permanente.

Con todo, hay momentos en los que la renovación se hace más acuciante por la situación en que la Iglesia se encuentra. Ciertamente, no hay reformas perfectas ni momentos en los que no se dé ningún tipo de renovación. En la actualidad estamos situados en el movimiento de la renovación que ha significado el concilio Vaticano II en muchos aspectos de la vida eclesial. Se ha dado un resurgimiento espiritual, un impulso misionero, una búsqueda de diálogo con el mundo contemporáneo, un mayor compromiso con el ecumenismo, una transformación de algunas instituciones para promover la vida laical y la participación de todos... Han surgido obras apostó-

licas y nuevos movimientos con un espíritu profético que han renovado la fe y la vida comunitaria de muchos cristianos. Sin embargo, algunos graves problemas internos, la misma vida de fe de muchos cristianos y la provocación de una cultura ya postcristiana hacen razonable, y hasta urgente, la necesidad de una reforma en la Iglesia. Hoy parece bastante claro el sentimiento común de que la Iglesia tiene que renovarse. Pero ¿qué ha de hacerse, en qué ha de reformarse y cómo debe llevarse a cabo?

Es posible que, de entrada, no haya un acuerdo generalizado en el tipo de reforma y en los temas a los que debe afectar, puesto que no todos pensamos esa reforma de la misma manera; pero para que sea una reforma *en la Iglesia* y realmente *eclesial*, tiene que buscar lo que esencialmente pertenece a la identidad de la Iglesia, a fin de que sea ella misma y permanezca fiel a su misión constituyente. Toda renovación eclesial ha de tener como preocupación fundamental, en primer lugar, la fe en Dios, pensando desde su revelación y viviendo en relación personal con Él. La gran cuestión de la Iglesia hoy en día es la fe, la relación de los creyentes con el Dios vivo y el anuncio del Dios verdadero, que constituye su identidad y el núcleo de su misión. El misterio de Dios, que se comunica de forma viva y que actúa, es el criterio decisivo para una verdadera reforma.

Sólo desde Dios y con el deseo de convertirse y acercarse a Él es posible una renovación auténtica y eficaz. En realidad, los cristianos han de buscar constantemente el rostro de Dios. Esa actitud es el motivo de la renovación eclesial y su mismo fin, y supone contar con la acción de Dios mismo, que tiene una Palabra viva y actúa en la Iglesia, en el mundo y en las personas. Así, toda renovación eclesial presupone la apertura a lo inesperado del don de Dios y tiene en su Palabra la referencia determinante. Además, la aportación de la Iglesia al mundo contemporáneo se encuentra en este orden teológico y espiritual. Que la Iglesia hable de Dios y comunique su misterio es la forma fundamental de toda verdadera conversión y puede

sintonizar con el aliento místico que resurge en la cultura post-moderna. Este principio teológico es el fundamento para toda renovación eclesial.

Un segundo aspecto de la renovación eclesial está relacionado con la cultura. El cristianismo es, por su propia dinámica encarnativa e histórica, un acontecimiento cultural. Se estructura culturalmente y entra en relación con las culturas. Por eso, el diálogo cultural pertenece a la misma vivencia del cristianismo, porque el creyente recibe la fe cristiana culturalmente y ha de pensarla y vivirla a la altura de su propio tiempo. Hoy pertenecemos, en buena medida, a una cultura postmoderna, y para ser creyentes necesitamos pensar la fe en este ambiente, que es el nuestro y del que también está impregnada la Iglesia. Esto conlleva pensar con honradez intelectual el contenido de la fe para que sea posible creer de verdad y a fondo, y discernir la propia cultura desde ella, para poder anunciar el Evangelio de forma que sea significativo para los hombres de hoy.

Es probable que la vivencia de la fe lleve a ser una minoría social y que, justamente como tal, la Iglesia haya de estar en la sociedad de forma alternativa y fecunda, creativamente y como levadura en medio de la masa; pero no puede convertirse en una realidad aparte de la cultura contemporánea, haciéndose un gueto y con actitudes sectarias. Pensar la fe y vivir el Evangelio hoy conlleva, sin duda, una ruptura cultural, a veces dramática y en ocasiones trágica, porque entraña persecución o aislamiento. El diálogo cultural debe buscar ser contemporáneos en el mundo actual y estar abiertos a todos los hombres. Por tanto, la renovación de la Iglesia se sitúa en una fidelidad fundamental al Evangelio: esto la convierte en alternativa a una cultura dominante, la cual en ocasiones contradice principios evangélicos; no obstante, esa misma fidelidad busca la presencia real en la sociedad, el servicio a todas las personas y el discernimiento de esa cultura, que llevará a la valoración de algunos aspectos y a la denuncia profética de otros. Hay, por tanto, un principio cultural que orienta la reforma en la Iglesia.

Esta serie de principios para una renovación se concretan en un tercer aspecto, que se refiere a la vida de la Iglesia. Junto a estructuras tradicionales e históricas, aparecen nuevas formas de organización y de acción pastoral, que afectan de modo distinto y no son las mismas en unas partes de la Iglesia que en otras, si bien existe un fondo común. Es necesario el discernimiento tanto de esas nuevas formas como de las establecidas históricamente. La organización diocesana y parroquial, los medios de participación de todos los fieles, la celebración de los sacramentos, el sentido y el ejercicio del ministerio apostólico, el lugar y la misión de los laicos, la forma de anunciar el Evangelio... plantean la necesidad de pensar cómo configurar la vida eclesial. Todo lo que se proponga ha de tener el criterio de la conversión personal, por la que alguien es realmente cristiano, y ha de favorecer la comunión, que se concreta en la vida comunitaria. El sentido de comunidad pertenece a la identidad cristiana y a la misma estructura de la Iglesia. Una renovación real y fecunda de la Iglesia se asienta tanto en la búsqueda de una mayor vivencia de la relación personal con Cristo como en el sentido de comunidad que incluye tal relación. La posibilidad de reforma eclesial hoy se basa en la generación de comunidades cristianas vivas, en las que se busque el rostro de Dios, se comparta la fe y se discierna qué hacer a la altura de nuestro tiempo.

A la vez que hay una conciencia clara de la necesidad de renovación eclesial, aparece, quizá de forma latente, un miedo inquietante: ¿Es realmente posible esta reforma? ¿Cómo vislumbrar un horizonte en el que pueda pensarse y realizarse una auténtica renovación de la Iglesia? El libro que se presenta puede ser una ayuda para responder a esto. No responde a qué hay que reformar, sino a cómo es posible hacer una reforma en la Iglesia que sea realmente eclesial. Las páginas aquí reunidas corresponden al capítulo segundo de la genial obra de Yves Congar, *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, publicada por Ediciones Sígueme en 2014 y cuyo original revisado es de 1968 (*Vraie et fausse réforme dans l'Église*, primera

edición de 1950). El teólogo dominico, después de plantear la cuestión de la ambivalencia originaria de toda propuesta de reforma hasta ver lo que da de sí, explica las cuatro condiciones para una reforma sin cisma: el sentido de la Iglesia concreta, la dinámica de la comunión en el todo eclesial, la actitud de la paciencia y el principio de la tradición. En cada una de las explicaciones Congar aúna la profundidad teológica y el conocimiento de la historia. Los principios para una reforma y la realidad de la Iglesia en su historia son los criterios para pensar una auténtica renovación eclesial.

La misma Iglesia tiene un dinamismo de desarrollo en el que son necesarias tanto la creatividad que lleva a la reforma como la seguridad que garantice que sea realmente eclesial. El criterio de la comunión sirve para situar la función de los profetas y reformadores, y para integrarla en la realidad eclesial mediante la misión del ministerio apostólico. Por otro lado, el principio de la tradición ofrece el contexto vital para toda reforma. La tradición no es el pasado, sino el cristianismo en su objetividad teológica, vivido por el creyente en su constante relación con Cristo, alentado por el Espíritu Santo y desarrollado a lo largo de la historia. La tradición es presente vivo de la fe, que sitúa a la Iglesia en su fundamento y en su fuente vital, permaneciendo en conexión con toda su historia. No se trata de recuperar momentos históricos o formas pasadas, sino de vivir hoy la misma fe que se ha expresado y vivido en todos los tiempos. La tradición viva recoge lo que se ha vivido, así como distintos elementos doctrinales, litúrgicos y jurídicos, pero no repite necesariamente todas las formas. Las posibles nuevas formas en las formulaciones dogmáticas, en la celebración de los sacramentos o en la organización eclesial han de ayudar a vivir la misma fe cristiana que se transmite en la tradición. Y justamente esa identidad de la única fe es lo que hay que discernir. Se está en la tradición de la Iglesia cuando se vive la misma fe que se ha desarrollado en todos los tiempos; se está fuera de ella cuando se cambia la esencia de la fe y la estructura fundamental de la Iglesia, o cuando se desconecta de la Iglesia concreta de la actualidad.

¿Y por qué leer hoy este libro? Porque se trata, sin duda, de uno de los libros decisivos de la teología contemporánea; y porque además constituye una aportación para la reforma actual. La renovación eclesial tiene distintas dimensiones, todas necesarias y relacionadas entre sí. Es necesaria la reflexión teológica, el discernimiento pastoral, la aplicación concreta y la articulación jurídica. No todos tenemos que hacer cada una de esas tareas; más bien, hay carismas diversos, de modo que unos tengan que pensar, otros que proponer medidas y otros que aplicarlas. Un aspecto fundamental en la situación actual de la Iglesia se sitúa en la teología. Sin reflexión profunda sobre la revelación no habrá criterios de discernimiento ni un horizonte para pensar y realizar la renovación eclesial. Hoy resulta ineludible la valoración y el apoyo para hacer una teología seria y profunda, que pertenece a la acción misionera de la Iglesia, la orienta y la nutre. Pero eso no basta, ya que no es necesariamente el teólogo quien ha de llevar adelante de forma práctica la acción eclesial. Las figuras proféticas y las personalidades reformadoras significan estímulo para las reformas y su realización. Y la decisión y orientación de la autoridad eclesial determinan la concreción para una auténtica renovación. En consecuencia, la reforma eclesial supone una tarea de diálogo en distintas instancias y con múltiples interlocutores y agentes, todos con su propia responsabilidad y todos necesarios.

En este libro se ofrece un fondo teológico e histórico para pensar la renovación eclesial y se transmite una actitud eclesial para vivirla. Se pueden compartir sus principios, explicados a partir de la historia vivida, al tiempo que genera la esperanza de que es posible una auténtica renovación eclesial, siempre estimulante y siempre sometida al riesgo de lo novedoso, pero asentada en la comunión que funda la Iglesia. En estas páginas se encuentran ideas y principios para reflexionar. Con su lectura es fácil que crezca la ilusión por una reforma eclesial, y una actitud positiva y creyente ante ella. Pero no se hacen propuestas, ni se plantean problemas concretos, ni se

dan soluciones. En nuestras manos queda la tarea de pensar los criterios fundamentales para afrontar hoy una auténtica renovación eclesial y determinar cuáles son los temas que habría que plantear y cómo hacerlo.

Una década antes del concilio Vaticano II Congar suscitó un intenso y enriquecedor debate sobre la reforma en la Iglesia; hoy este libro nos introduce en un camino de reflexión que remite a nuestra responsabilidad con la Iglesia actual, para que pensemos teológicamente y realicemos en la práctica una renovación que sea realmente evangélica.